

19. EL EVANGELIO FRENTE AL PODER ROMANO

Una vez que “el Espíritu Santo les impidió anunciar la palabra en Asia y en Bitinia” (Hechos 16,6-7), Pablo y Timoteo se encaminaron al puerto de Tróade, donde Pablo soñó que un macedonio les invitaba a cruzar los Dardanelos. El sueño afirmó la convicción de que Dios les llamaba a predicar en Europa. La actuación del Apóstol se iba a centrar en las dos ciudades principales en la región del mar Egeo, elegidas también por los romanos para su expansión en Oriente: Éfeso y Corinto.

¿Animaba a Pablo la intención de hacer frente con el evangelio al influjo político y cultural de Roma? Una corriente de interpretación, representada sobre todo por R.A. Horsley, lo afirma sin ambages. Según esa interpretación, Pablo se apartó del judaísmo para convertirse en un nuevo zelota, un judío orientado políticamente a promover la resistencia religioso-política al imperio romano mediante la presentación de Cristo crucificado como salvador del mundo entregado a las fuerzas del mal. Esta resistencia la dirigió contra el culto imperial, el sistema político-religioso en el que se movió Pablo y que daba al emperador los títulos de dios, señor, bienhechor, salvador. En contra, el programa político de Pablo defendía que el dios de Israel era el único y más poderoso dios, porque llevaría a cabo la destrucción de la falsa paz y seguridad prometida por el Imperio. Este programa no era un camino de salvación individual para quien tuviera que escoger entre la fidelidad a la ley judía o la aceptación del evangelio, sino que era un programa dirigido a toda la humanidad como liberación del yugo de la ideología y de la política imperial.

Este carácter universal del programa paulino se reforzaba con la afirmación de la resurrección de Jesús según la carne. La misma victoria sobre la muerte en cruz, la condena típica romana, aludía a esa victoria sobre el sistema. No se puede entender a Pablo sin esta referencia a la cruz de Cristo en el contexto imperial romano. La crítica contra el imperio en los escritos del Nuevo Testamento descubre que religión y política caminaban juntas en los primeros años del cristianismo y no se pueden separar en los tiempos actuales. El Dios de Israel llamó a Pablo para promover una política contraria a la del César, señor de todas las naciones a su alcance.

Es tesis central de la obra de J.D.Crossan y J.L.Reed, *En busca de Pablo. El Imperio de Roma y el Reino de Dios frente a frente en una nueva visión de las palabras y el mundo del apóstol de Jesús* (Verbo Divino, Estella 2006).

Hay muchos motivos para darle la razón. El lenguaje de Pablo tuvo que resonar como una alternativa a la ideología y al culto romano imperial. El término “salvación”, *σωτηρία*, era la negación de los cambios benéficos introducidos por Augusto y sus sucesores en los pueblos romanizados. Las iglesias cristianas ofrecían una estructura de integración ciudadana frente a las asambleas de las ciudades. El tono positivo con que

Pablo expresa su satisfacción por sentirse seguro en la “paz de Cristo” (Romanos 5,1-11) es todo un desafío a los supuestos beneficios de la *pax romana*.

La presentación del mensaje cristiano como un evangelio o anuncio de paz muy superior a la exaltación de la paz de Augusto tuvo que parecer un reto a la propaganda imperial. Es probable que fuera san Pablo quien dio valor específico al término “evangelio”. En los escritos atribuidos con seguridad a Pablo el término es utilizado hasta cincuenta y dos veces. Cuatro veces aparece en la carta a los Efesios y otras cuatro en las Pastorales. La forma verbal, “evangelizar”, aparece diecinueve veces, más dos en la carta a los Efesios. Estadísticamente, al menos, el término es preferente en la literatura paulina. Los dos escritos de Lucas, Evangelio y Hechos, utilizan el verbo veinticinco veces; pero el sustantivo sólo aparece en Hechos 15,7 y 20,24. En Marcos no aparece la forma verbal, mientras que el sustantivo aparece ocho veces (Marcos 1,1.14.15; 8,35 y 10,29= “por mí y por el evangelio”; 13,10; 14,9; 16,15). En Juan el vocabulario del evangelio es sustituido por la terminología del “testimonio”, *μαρτυρία* (Juan 3,32s; 5,31s; 8,13s) y, en la forma verbal, “testimoniar” (1 Juan 1,2).

En Mateo la forma verbal aparece solamente en un texto que cita el Antiguo Testamento griego: *πτωχοὶ εὐαγγελίζονται* (Mateo 11,5, con referencia a Isaías 61,1: *εὐαγγελίσασθαι πτωχοῖς*). Esta frase, que se encuentra también en el lugar paralelo de Lucas y se considera tomada de la fuente de dichos de Jesús (Q), da pie para suponer que el vocabulario de la evangelización puede remontarse a Jesús.

El hallazgo de una inscripción del año 9 a.C. en Priene, Turquía, justificando la propuesta de comenzar el año en el día aniversario del nacimiento de Augusto, da credibilidad al origen helenista del término “evangelio”. Si el nacimiento de Augusto, el día de su manifestación o *epifanía*, *ἐπιφάνεια*, al mundo fue un acontecimiento que superó todas las “buenas noticias”, *εὐαγγέλια*, que hasta entonces se pudieron comunicar al mundo y que en el futuro se podrían comunicar, era justo que el día de su nacimiento fuera celebrado como el comienzo de las auténticas “buenas noticias” para todo el mundo. La difusión de este tipo de propaganda político-religiosa en favor de Augusto debió popularizar el término *εὐαγγέλια* en el ámbito en que iba a proclamarse la obra de salvación realizada por Jesús. Su nacimiento y su salvación fueron la auténtica “buena noticia” para la humanidad.

Hay alguna reticencia entre los autores católicos para aceptar el origen helenista del término “evangelio”, sobre todo porque para un judío no puede haber más buena noticia que la llegada del Reinado de Dios. Pero el papa Benedicto XVI se ha mostrado favorable a ese origen: “Recientemente la palabra «evangelio» ha sido traducida con la expresión «buena noticia». Suena bien, pero queda muy por debajo de la intención contenida en la palabra «evangelio». Esta palabra pertenece al lenguaje de los emperadores romanos que

se consideraban señores del mundo, sus salvadores y redentores. Las proclamas emitidas por el emperador se llamaban «evangelios», sin importar que su contenido fuera alegre y agradable. Lo que viene del emperador – ésta era la idea de fondo – es un mensaje salvífico, no simplemente una noticia, sino transformación del mundo hacia el bien” (J.Ratzinger-Benedetto XVI, *Gesù di Nazaret*, Rizzoli, Milano 2007, 69s).

El Apocalipsis descubre la intención de los escritores cristianos de utilizar polémicamente el lenguaje del culto imperial para ensalzar la función de Cristo como Señor del mundo y de la historia. Hasta qué punto tal tendencia fue compartida por los demás escritores del Nuevo Testamento, es un punto discutido. Aunque los más especialistas se mantienen reticentes en admitir tal influjo, los que propugnan la incidencia del evangelio sobre la sociedad y la política defienden en este caso que la apropiación cristiana del lenguaje del culto imperial es un ejemplo que vale la pena destacar.

Los textos reflejan, más de lo que anteriormente se imaginaba, la situación histórica concreta de la política mundial. No tiene por qué llamarnos la atención que, viviendo en el ambiente helenista, los predicadores cristianos hayan utilizado el término “buenas noticias”, εὐαγγέλια, para destacar que, sobre todas las supuestas buenas noticias que podía proporcionar el Imperio, la noticia auténticamente buena era el evangelio de Jesucristo. “Proclamar el evangelio de Jesús equivalía a lanzar un reto al evangelio del César”. “Este evangelio producía una subversión ... La cumbre de la sociedad quedaba desguarnecida, desdivinizada, sin posibilidad de autolegitimarse. Jesús no pretendía directamente hacer reformas sociales ni ofrecer alternativas políticas. Solamente se dedicó a rescatar a Dios de la hipoteca a la que las clases dirigentes lo tenían sometido, restituyéndoselo a sus auténticos destinatarios. La Iglesia primitiva entendió perfectamente lo que significaba proclamar la buena noticia del reino de Dios a este submundo, que constituyó su primer contingente asambleario o clientelar. Por eso, en un primer momento no levantó sospechas, pero cuando los dirigentes y responsables de la sociedad comprobaron que el «reino de Dios» se ejercía sobre sus «manipulados» quedaron aterrorizados” (José Mª González Ruiz, “Evangelio”, en: Floristán-Tamayo, *Conceptos Fundamentales de Pastoral*, Madrid 1983, 323-339; aquí 336s).

Lejos del pensamiento de González Ruiz, el papa Benedicto XVI se expresa en términos parecidos: “Si los evangelistas utilizan esta palabra, hasta el punto de que desde aquel momento se convierte en el término para definir el género de sus escritos, es porque quieren decirnos que lo que los emperadores, que se hacían pasar por dioses, pretendían inútilmente, en el caso de Jesús se verifica de lleno: un mensaje con autoridad, que no es sólo palabra sino realidad. En el actual vocabulario de la lingüística se diría que el Evangelio es un discurso no solamente informativo sino también eficaz, esto es, performativo; no es sólo comunicación, sino que es acción, fuerza eficaz que entra en el mundo para salvarlo y

transformarlo. Marcos habla del «evangelio de Dios»: no son los emperadores, sino Dios quien puede salvar al mundo. Aquí se manifiesta la palabra de dios como palabra eficaz; aquí se realiza algo que los emperadores solamente podían intentarlo, sin conseguir realizarlo. Porque aquí entra en acción el verdadero Señor del Mundo: el Dios vivo” (J.Ratzinger-Benedetto XVI, *Gesù di Nazaret*, Rizzoli, Milano 2007, 70).

El ambiente en que se movió Pablo cuando inició su actividad en Grecia estaba dominado por el culto al Emperador: la moneda, las estatuas, los templos, las fiestas, las diversiones públicas, todo se orientaba al culto del Emperador. Pablo tuvo que ver que su nación estaba amenazada igual que las demás, que inevitablemente sería conquistada y esclavizada por Roma. Propone una política no violenta, dejando las armas de dominio y promoviendo una mesa solidaria, que había de ser un elemento importante en su “evangelio para las naciones”. En la celebración de la comida eucarística Pablo insiste en que los fuertes atiendan a los débiles (Romanos 14 y 15), los ricos a los pobres, los circuncisos se sienten junto a los incircuncisos, compartiendo el mismo espacio sin duplicar la jerarquía vertical de dominio. Es la obra de la nueva creación que ha de surgir del Evangelio.

Las diferencias físicas entre los grupos desaparecen bajo la “vestidura de Cristo” (Gálatas 3,26-28), de modo que ya no hay judío o griego ... hombre o mujer, porque todos sois una sola cosa en Cristo (Gálatas 3,28). No se trata de borrar las diferencias, que no son ignoradas, sino de afirmar la igualdad: en la nueva condición humana “no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo, y en todos” (Colosenses 3,11). La unificación la había buscado y realizado el imperio, pero a la fuerza, no por el camino que ahora propone el evangelio. Por eso Pablo insiste en abandonar la idolatría, que era el culto del emperador, y volverse como hijos al Dios de Israel.

Jesús envió a los apóstoles a “todas las naciones” (Mateo 28,19). Para la ideología imperial romana, las naciones no tenían otra esperanza de supervivencia más que renacer en la civilización imperial. Pablo lleva adelante una contracampaña, negándose a aceptar esa ideología y proponiendo una forma de solidaridad en la que nadie trate al otro como objeto, sino que lo respete como sujeto, que no lo trate como otro sino como hermano.